

Cacería de libros en USA

Angel Rama



Dentro de la que John Galbraith ha llamado "la arremetida de los neoconservadores" en los Estados Unidos, se sitúa un fenómeno que ha comenzado a provocar la inquietud y la protesta de los liberales: se trata de la cacería de libros, especialmente textos de segunda enseñanza en los *high school* y obras de consulta en las innumerables bibliotecas escolares o municipales.

Una de esas instituciones que sí merecerían ser imitadas en América Latina en vez de tantos productos de la industria cultural de ínfima calidad, a saber la American Library Association (ALA) que ha cumplido una extraordinaria labor en la ampliación y mejoramiento de los servicios bibliotecarios de Estados Unidos, ha dado a conocer una investigación cumplida en 1891 escuelas del país acerca de la censura de libros. La investigación cubre los dos años anteriores a la ascensión de Reagan a la presidencia y revela la virulencia con que venían operando los grupos conservadores en todo el país, tal como luego se demostró en el sustancial cambio político producido. Conviene señalar que tales grupos, aunque han desarrollado su tarea política en las filas del partido republicano, no pueden ser asimilados a él, al menos al sector mayoritario que dirige el senador Baker, y que fácilmente podrían cumplir su tarea en las filas del Partido Demócrata, tal como la escisión del Partido Demócrata en el Congreso proporcionando los votos necesarios al presidente para su *tax cut*, a pesar de los esfuerzos de Thomas O'Neill, lo ha demos-

trado. Los neoconservadores representan un típico grupo de presión que desarrolla una estrecha y coherente política, apelando a una artillería retórica que no por antigua ha probado ser menos efectiva sobre amplios sectores de la clase media norteamericana, particularmente en los estados del medio oeste.

Su parte más organizada está representada por el movimiento religioso-político de la Moral Majority dirigido por el reverendo Jerry Falwell, pastor de la iglesia bautista, quien apelando a los medios de comunicación masiva (su audición televisiva "The Old-Time Gospel Hour") logró reunir una poderosa fuerza descontenta con la vía democrática del ex presidente Carter y más aún con todos los esfuerzos de modernización que se llevaron a cabo en los años setenta (derechos de la mujer, protección del aborto, ampliación de los derechos de las minorías, negros, latinos, etc.) obedeciendo en cierto modo a las demandas que en forma explosiva se hicieron sentir en los sesenta. La Moral Majority se ha distinguido por una extraordinaria beligerancia política, que no deja acontecimiento, interior o exterior, sobre el cual pronunciarse, asumiendo la línea más agresiva y anticomunista en una suerte de terrorismo doctrinal. Curiosamente ha motivado la réplica del más famoso predicador de los Estados Unidos, el reverendo Billy Graham, quien en su momento protagonizó muy parecidas posiciones, pero que a esta altura de su evolución ha preferido declarar que "la iglesia tiene que tomar posiciones en asuntos morales o sociales

pero no creo que deba estar comprometida en política partidaria'. Aun sin salirse del campo de los "asuntos morales", el reverendo Jerry Falwell dispone de espacio sobrado para su militancia conservadora: sobre todo porque cuenta con ese vasto territorio que tiene que ver con la sexualidad y que, como ya se ha visto en casos anteriores, permite soliviantar los ánimos de las familias tradicionales ante la "descomposición" que registran en hijos y vecinos. Entre los caballitos de batalla preferidos del reverendo Falwell se encuentra la educación sexual en las escuelas, el uso de fondos federales para atender los abortos en los hospitales, la famosa enmienda del tiempo de Johnson que establece iguales derechos para la mujer, la difusión de la pornografía, la renovación de los planes de enseñanza, el abandono de la educación religiosa, etcétera.

Puestos en esta vía de "saneamiento moral" fácilmente se puede desembocar en posiciones cerriles, como fueron ilustradas a comienzos del año en el juicio entablado en California por un ciudadano, contra la enseñanza de las teorías darwinianas sobre la evolución de las especies en el colegio donde se educaba su hijo. Pareció anunciar un *remake* del famoso juicio en los años veinte, que había concluido con una condenación de la doctrina darwiniana, que a esta altura de los conocimientos hubiera deparado un grotesco que habría enfurecido a los medios académicos, por lo cual se buscó diluirlo en un acuerdo salomónico por el cual se proponía que se enseñaran todas las "teorías" sobre el origen del hombre, incluyendo por lo tanto las que se apoyan en la lectura más tradicional de la Biblia. Tanto el juicio como su resolución, parecieron delimitar las posibilidades de los conservadores, fijándoles fronteras.

Pero por lo mismo condujeron a intensificar el trabajo represivo en otras zonas menos protegidas, como lo son las escuelas y bibliotecas municipales. Es aquí donde se sitúa la tarea de la American Library Association, (con el apoyo de la Association of American Publishers y la Association for Supervision and Curriculum Development) de la cual es tesorera animadora Judith Krug que preside el Comité sobre Cen-

sura. Su investigación demuestra que una cuarta parte de las escuelas han sido objeto de demandas para que sean eliminados textos o libros de consulta o parcialmente censurados, y que esas demandas que en tiempos de Carter ascendían a tres o cuatro casos por semana, se sitúan desde la presidencia de Reagan en tres o cuatro por día. La lista de libros objeto de censura es lo suficientemente heteróclita para resultar divertida, puesto que entra *Love Story* de Eric Segal junto a *Brave New World* de Aldous Huxley, el *Adiós a las armas* de Hemingway junto a *Tiburón* de Peter Benchley, el *Dios lo bendiga Mr. Rosewater*, de Kurt Vonnegut junto a revistas de deportes. Como pasa siempre, no faltan los despistados que resuelven meramente por el título de acuerdo a sus fobias, reclamando el retiro de un clásico norteamericano de Stephen Crane, porque se llama *La roja insignia del valor*; son los mismos que aprobarían la difusión de un libro titulado *El capital* si el nombre del autor no les sonara.

Según el informe de Judith Krug, han resultado víctimas propiciatorias los diccionarios, y es así que ha habido reclamaciones no sólo contra el tradicional *Webster* sino también contra el *American Heritage Dictionary*. El problema radica en las definiciones figuradas, más que nada, formas como es sabido muy insidiosas de la invención semántica de las sociedades que manejan toda suerte de metonimias, metáforas o desplazamientos sinecdóquicos para evitar llamar a las cosas con sus nombres fuertes. Es difícil que la palabra *bed* (cama) pueda ser eliminada del diccionario, pero hay para ella una acepción corriente que la transforma en un verbo que significa "mantener relaciones sexuales", por lo cual pasa a una categoría "sucias". Imagino que debe ser muy difícil convencer a estos padres iracundos de que nada puede restringir uno de los placeres de la infancia, que consiste en la "lectura obscena" de los diccionarios, pues para eso sólo se necesitan ganas e imaginación.

Estas embestidas resultan favorecidas en los Estados Unidos por la peculiar estructura democrática del sistema de enseñanza. Habiéndose desarrollado a partir de focos pue-

berinos autónomos, donde la escuela vecinal y la parroquia coincidían en la alfabetización para el manejo de la Biblia, ha conservado una amplia discrecionalidad municipal para resolver sus planes de enseñanza, los textos de lectura y los diversos mecanismos de designación de profesores y sistemas de estudio. Esta autonomía, que ha sido tan eficaz para lograr la alfabetización del país, ha mostrado modernamente serias insuficiencias justamente en un terreno democrático como es el de proporcionar iguales oportunidades a los ciudadanos: los condados más ricos, donde vivía una población de altos recursos económicos, disponían de escuelas bien atendidas, en tanto aquellos donde se hacían minorías, no podían obtener ni buenos maestros ni recursos para su mejor trabajo.

La parte más publicitada de este desequilibrio ha sido conocida bajo el nombre de "integración racial", pero su basamento más grave está en el "desnivel educativo", agravado por el hecho de todos los pedagogos conocido: que los hijos de pobres, negros, latinos, etc., parten de hogares en su mayoría sin educación, por lo cual enfrentan dificultades mayores en su aprendizaje. La solución al problema que vino elaborándose tanto en los anteriores gobiernos republicanos como demócratas, pero que alcanzó su plenitud bajo Carter, consistió en un robustecimiento de los controles federales en la educación, derivados a su vez de la ayuda económica de tipo federal que se dispensara a las escuelas. Una de las hazañas del gobierno de Carter, que luego se convirtió en asunto de la campaña opositora durante las elecciones, fue la creación, por primera vez en la historia de los Estados Unidos, de una Secretaría de Educación. La ira de los conservadores tomó la apariencia de la consabida reprobación al exceso burocrático que es pagado por el contribuyente, pero más certeramente estaba dirigida a la centralización educativa que restaba autonomía a los estados y aun condados y que tendía a la uniformización de los sistemas educativos de conformidad con la miras de los especialistas, obviamente de visión más amplia y moderna que los padres de los estudiantes. Dado que prácticamente no existen en los Estados Unidos

institutos educativos que no reciban, de un modo u otro, ayuda federal (incluyendo las universidades del Ivy League) y dados los principios igualitarios de la Primera Enmienda, buena parte de la integración racial en la educación (desde los estudiantes a los profesores) y de las iguales oportunidades para ambos sexos (que permitieron el ingreso de la mujer a la docencia en muchas universidades tradicionalmente masculinas), se debió a este mayor peso en la vida nacional adquirido por el gobierno federal. Durante su campaña, Reagan prometió dismantelar la Secretaría de Educación, pero, de conformidad con ciertos comportamientos pactistas de la sociedad norteamericana, nada ha hecho en ese sentido, limitándose a congelar su crecimiento. Parece difícil tal retroceso, lo que también muestra las fronteras de la arremetida conservadora, aunque es previsible que los principios establecidos bajo Carter no se apliquen con la misma puntilliosidad.

En todo caso, ese campo vecinal ha sido entregado a las iras de los padres conservadores, con el apoyo de la Moral Majority de la zona que no vacila en denunciar a profesores y escandalizarse de lo que "se enseña a nuestros hijos" (es superfluo agregar que los hijos saben más que los padres en los asuntos sexuales que a estos siguen agobiando, a pesar de los años transcurridos y la revolución de las costumbres que no sólo Estados Unidos, sino el mundo todo, ha conocido desde 1968). Un buen ejemplo de "limpiadores de textos", son los esposos Gabler de un pueblo de Texas, Longview. Aunque ni marido ni mujer completaron sus estudios en el colegio, han consagrado sus vidas a la cruzada contra la corrupción moral en la educación media, dedicándole todas sus horas libres para mantener el equipo de siete empleados y la lista de correos con 12 000 direcciones. Su filosofía se sintetiza en estas declaraciones al *New York Times*: "Hasta que los textos escolares hayan cambiado, no habrá posibilidad de que el crimen, la violencia, las enfermedades venéreas y las tasas de abortos decrezcan. Si todos los problemas de nuestro mundo fueran repentinamente resueltos pero los textos permanecieran incambiados, la mayoría de esos problemas retornarían a

causa de lo que se les enseña a nuestros niños en las aulas." A partir de ella su tarea consiste en examinar los textos y denunciar aquellos que "corroen el patriotismo, el sistema de libre empresa, la religión y la autoridad paterna, aquellos que son 'negativos' al discutir sobre la muerte, el suicidio o el divorcio, aquellos que minan los valores absolutos haciendo preguntas para las cuales no ofrecen firmes respuestas".

A lo largo de los muchos años dedicados a esta tarea, el Sr. Gabler que tiene ahora 66, llegó a la conclusión de que el problema reside en el abandono de un sistema absoluto de valores, sustituido por un humanismo secular: "El humanismo es la religión que se enseña en las escuelas públicas." Tal descubrimiento le ha transformado en un peligro público para las editoriales que publican textos, como Alwyn and Bacon, de Boston, cuyo exitoso libro *The American Adventure* ha sido objeto de una campaña de los Gabler porque, entre otras cosas, enfatiza asuntos como Watergate y la guerra de Vietnam, cuando "para muchos sólo mencionarlos ya es demasiado".

Es posible sonreír o encogerse de hombros ante estas puerilidades, sino fuera que resultan índices de un movimiento regresivo que ha conseguido organizarse en poderosas instituciones: no solo la Moral Majority sino también el Eagle Forum, la Christian Broadcasting Network, en otro nivel, la Heritage Foundation, la Hoover Foundation, que han obtenido renovados fondos y se han puesto a la tarea de edificar un sistemático pensamiento conservador, en la misma época en que el desmantelamiento de las estructuras del Partido Demócrata, de los grupos radicales y en general del pensamiento liberal, han sembrado la atonía del país. Curiosamente esa misma situación ha activado la preocupación política dentro de las filas de un sindicalismo cuya prescindencia en la materia era de sobra conocida. El Congreso AFL-CIO, al día siguiente de la elección de Reagan, al tiempo que apoyaba la política armamentista del nuevo presidente, resolvía resistir su programa económico y, lo que es más sorprendente, establecía por boca de su dirigente, Kirkland, que los sindicatos de-

berían tener una mayor incidencia en la selección de los candidatos presidenciales, haciéndose lejano y débil eco, de lo ocurrido en los *trade unions* ingleses al día siguiente del triunfo de la señora Thatcher. Los mineros de Pittsburgh que fueron a piquetear la Casa Blanca o los controladores del tránsito aéreo llevando adelante una huelga "ilegal" después de haber sido uno de los pocos sindicatos que apoyaron la elección de Reagan en su momento, son indicadores de esta nueva beligerancia de los sectores obreros. Lo que no quiere decir que no puedan ser capaces de apoyar reclamaciones educativas conservadoras, llegado el caso.

La lucha contra los censores de libros es, desde siempre, un cometido de los liberales y, más recientemente, de los radicales, quienes ya la han iniciado, aunque todavía no se han repuesto de la catástrofe que les significó la elección, cuyas pérdidas mayores se produjeron justamente en el sector liberal, tanto de los demócratas como de los republicanos. El "mandato" recibido por el nuevo presidente, aunque solo haya alcanzado al 25% del electorado en comicios regidos por el escepticismo y la abstención, ha respaldado las actividades beligerantes de los neoconservadores. Pero, como explican las críticas de Billy Graham a Falwell, eso los ha soldado a la política del gobierno volviéndolos prisioneros de una línea partidaria que está intentando poner fin a la política de consenso que por cincuenta años rigió al país (desde el New Deal de Roosevelt, indistintamente aplicada bajo presidentes republicanos y demócratas, como ha destacado Galbraith en sus análisis) y por lo tanto haciéndolos depender de su suerte. Sólo el improbable triunfo del plan económico de Reagan podría concederles éxito duradero. Su fracaso los arrastraría en la caída, doblemente estrepitosa vista la cortedad del horizonte cultural que manejan los cazadores de libros, tan a destiempo y contra las tendencias modernizadoras que, por delajo de los vaivenes políticos, son las que fijan el rumbo mediante el cual los Estados Unidos procuran salir de la mayor crisis económica que han conocido desde 1929.